

gen, sus principios y sus progresos, conocer la vida de sus fundadores, penetrar en la intimidad de su naturaleza y organismo, declarar sus copiosos frutos y sorprender su maravillosa extensión en todo el universo, y con más especialidad en nuestro suelo; empresa es que deseábamos por mucho tiempo intentar, y que ahora al fin abordamos, teniendo á nuestra disposición las obras necesarias para el estudio histórico y la compulsación de documentos. ¡Ojalá que nuestro pequeño trabajo haga que la Asociación de las Hijas de María Inmaculada, siendo mejor conocida, sea más y más amada, mejor practicada y con mayor provecho extendida! Tales son nuestros deseos.

México, en el día de San Bernardo  
20 de Agosto de 1900.



## CAPITULO I.

*El cólera en París.—El Arzobispo.—El Sr. Etienne.—San Lázaro, hospital.—La Obra de los huérfanos.—Las salas de labor.—Una piadosa industria bendecida.*

Era la primavera del año de 1832. El terrible azote que el Asia había desencadenado sobre Europa, el cólera-morbo extendía sus negras alas sobre la Francia, y amenazaba invadir á la populosa capital. El París loco y sensual, no hacía de ello caso alguno y seguía sumergiéndose en la crápula y los placeres; pero el París serio y formal, el París cristiano, sobre todo, conmoviase profundamente y se preparaba á la tremenda lucha. El Arzobispo, Monseñor de Quelen, á quien los odios políticos mantenían alejado y como proscrito en

un castillo en la Diócesis de Ébreux, después de escribir á su clero exhortándole á ofrecer la vida por sus ovejas, vuelve él mismo á París desafiando todos los peligros y afronta la tremenda plaga, que, de improviso, había caído sobre la ciudad como una tempestad asoladora. Los numerosos hospitales no son suficientes para la multitud de los enfermos, y se hace preciso abrir nuevos asilos; el Sr. Etienne, ferviente misionero de San Vicente, que después había de gobernar tan gloriosamente sus familias, acompaña al heroico Prelado por todas partes; las Hijas de la Caridad se multiplican y trabajan sin descansar; la Casa de los Lazaristas se convierte en hospital y allí los PP. Etienne, Aladel, Nozo, y otros muchos, consuelan á los enfermos, les administran y les ayudan en sus últimos instantes. . . Mas cuando hubo calmado el azote, dejáronse sentir muy vivamente sus estragos: casi no había familia que no tuviese que lamentar la pérdida de uno ó varios de sus miembros; y, sobre todo, un gran número de niños de ambos sexos, quedando huérfanos, esta-

ban expuestos juntamente á todas las miserias y á todas las corrupciones que germinan en el seno de la gran ciudad. Conmovidó ante esa inmensa desgracia el piadoso Pastor, hace á sus diocesanos un caluroso llamamiento, que fue bien correspondido: á su voz se levanta la obra de los huérfanos de San Vicente de Paúl, en la que se centralizan las ofrendas y se norma su distribución. El consejo nombrado al efecto, verifica sus sesiones por ocho años consecutivos en la Casa de San Lázaro; y el Sr. Etienne era el ministro más activo, pues recibía las donaciones, reglamentaba las cuentas, invitaba predicadores que recomendasen la obra, redactaba las memorias, é imprimía el espíritu de orden y de regularidad que hace subsistir á esas empresas.

Esta obra de los huérfanos del cólera excitó en todas las clases sociales, muy especialmente en París, una generosa emulación, pues desde esta época comenzaron á fundarse en varios cuarteles de la ciudad, así como en otras ciudades de Francia, nuevos orfanatorios. Muy particularmente se

abrieron para las niñas, establecimientos llamados "Obradores" que aquí llamaríamos con más propiedad, salas de labor, en las que se les enseñaban, entre otras cosas, las labores de manos propias de su sexo, con las que pudiesen un día proveer á su subsistencia. De la mayor parte de estas casas estaban encargadas las buenas Hijas de la Caridad, que ll-naban sus funciones con ese celo, con esa abnegación y esa empeñosa constancia que sólo la religión y la fé pueden inspirar. Aquellas turbas de niñas, salidas de las últimas clases sociales, huérfanas en gran parte, privadas de toda instrucción religiosa y de toda educación civil, eran propias, por su pésima conducta, su pereza, su inconstancia y sus groseros modales, para cansar toda paciencia que no estuviese sostenida por la caridad. Mas como la caridad jamás se cansa, ni por el mal éxito se desalienta, las Hijas de San Vicente continuaban sus tareas aunque tan arduas, y discurrían mil industrias para fijar aquellas ligeras cabecitas, procurando excitar con algunos grados ó

ascensos en las clases, el estudio, y moverlas á una provechosa emulación. Una de las cosas que para este fin pusieron en planta, y que comenzó á darles buenos resultados, fue el establecer piadosas reuniones, á las que eran admitidas las niñas de mayor aplicación y de mejor conducta, proponiendo á las otras su admisión como un premio á que podían aspirar, mediante su buen comportamiento. Estas piadosas reuniones solían consagrarse á la Santísima Virgen, y algunas veces bajo la dulce advocación, muy querida entre las Hermanas, de la Concepción Inmaculada. Vieron con gozo que la idea producía excelente efecto; que muchas niñas anhelaban por formar parte de las reuniones, y por llevar el exterior distintivo que lucía en el pecho de sus dichosas compañeras ya admitidas. De una á otra sala de labor, comunicábase las piadosas maestras el feliz resultado de su empresa, y así se iba extendiendo por sus casas el germen que tan prodigiosos resultados había de dar algún día. Tratábase de una cosa doméstica y privada; ni las auto-

ridades eclesiásticas tenían en ello parte alguna; apenas comenzaba á llegar á oídos de los superiores de las Hermanas, por las confidenciales relaciones que recibían á cerca del estado de sus escuelas y labores. Esto era muy á los principios.

Sin embargo, el grano de mostaza estaba sembrado. Necesitábase una sombra que le abrigase y cobijase: un hábil cultivador que lo regase y atendiese.



## CAPITULO II.

*El P. Juan María Aladel.—Su primera educación.—Su primera comunión.—La vocación á la Compañía de S. Vicente.—Las confidencias de una Hermana.—La medalla.—Las asociaciones.—La sanción canónica.—Los Anales.—El Manual.*

Hemos nombrado al Sr. Aladel, y nos es muy preciso conocer á este importantísimo personaje de nuestra historia. El Sr. Juan María Aladel, vino al mundo en las montañas de Cantal, cerca de San Floro, en el año de 1800, y en el cuarto día del mes de María, presagio de su devoción á la Santísima Virgen, y de que sería su siervo, que propagase ardientemente sus cultos. En su familia, de costumbres patriarcales, no encontró sino cristianos ejemplares, y excelentes consejos; lleva-

ba la voz en las oraciones de la familia, daba lectura, y hacía el catequismo á otros niños. Al verle tan devoto de la Virgen María, celebrando sus fiestas, y yendo y viniendo á los campos, recitando en el camino el Santo Rosario, solían decir los campesinos: "sacerdote ha de ser este niño." Púsole su padre en un colegio en San Floro, donde entró como externo, á los nueve años de edad; allí siguió siempre un reglamento que se hizo trazar por su confesor, haciéndose desde luego notar por su talento y aplicación, y contrayendo desde entonces los hábitos de orden y exactitud que tan útiles debían serle en lo de adelante.

El día feliz de su primera comunión, tuvo la inspiración de consagrarse á María Inmaculada, que le consiguió el don de la vocación al sacerdocio. En el año de 1820, aquel seminario, que había pasado, á consecuencia de la revolución, á los Sulpicianos, fue restituido por el Obispo Diocesano, á los Paulinos que antes lo habían gobernado; y así dispuso la Providencia que

Juan María entrase en contacto con la Congregación de la Misión de San Vicente. La lectura de la vida del glorioso Fundador, le atraía suave y fuertemente hacia su familia, y cada día pedía á la Virgen Inmaculada, con vivas instancias, que le alcanzase el ser admitido entre los hijos de San Vicente. Le oyó la Madre de Dios, y escribiendo una carta á sus padres para anunciarles su firme resolución, superando todas las dificultades y venciendo todas las repugnancias, parte á San Lázaro, y es recibido en el Seminario, interno de la Misión, el 12 de Noviembre de 1821, cuando estudiaba su segundo año de Teología. La casa estaba desmantelada y casi en ruinas, la revolución lo había acabado todo; las dificultades eran muchas, y varias vocaciones débiles sucumbieron; pero Juan María se adhirió á aquellos viejos misioneros, que conservaban el fuego sagrado de los mejores días, y fue llamado por Dios, no sólo á perseverar en su vocación sino á ser una de las piedras vivas fundamentales del nuevo edificio; y así, lleno de fervor, de

humildad y abnegación, pronunciaba sus santos votos ante la Virgen María, el 16 de Noviembre de 1823, y fue promovido el año siguiente, en Septiembre, á la dignidad del sacerdocio, celebrando después toda su vida, con gran piedad, entrambos aniversarios. Empleado durante un año en el Seminario, pasó después á las misiones, en las que hizo extraordinario fruto, desplegando todas las virtudes de un buen misionero; pero habiendo muerto en 1828 el Director de las Hijas de la Caridad, fue propuesto al Superior General para ese empleo, por el Sr. Etienne, su gran amigo, que íntimamente lo conocía. Llamado á París, díjole el Superior cómo iba á confiarle los cargos de capellán, confesor y predicador de las Hermanas. Unido con el Sr. Etienne, y llenos ambos del espíritu de San Vicente, Dios los había asociado para la grande obra de la restauración de la Compañía. El P. Aladel emprendía tales trabajos que los superiores tenían á veces que moderar su celo.

En el año de 1830 tuvo el gozo de asistir á la traslación de las reliquias

de San Vicente, hecha el 25 de Abril con pompa inusitada, y en Julio próximo, recibía de una joven del Seminario, extraordinarias confidencias con respecto al corazón de San Vicente, al que miraba “profundamente afligido por los azotes que iban á descargarse sobre la Francia,” lo cual se repetía muchas veces durante la octava, excepto en tres días, en los que le vió “un poco consolado por haber conseguido del Señor, por medio de la Virgen María, el que sus familias no perecerían sino que habían de servir para reanimar en las almas la fé.” Poco fijóse el prudente director en estas narraciones, sólo las consideró cuando á poco estalló la revolución llamada de Julio, que derramó el terror por todas partes, pero que no dañó á las familias de San Vicente, conforme al anuncio de la joven Hermana.

Otras revelaciones de inmensa trascendencia, de que hablaremos después, tuvieron lugar, las que nuestro misionero, acogió con toda la reserva que aconseja el espíritu de san Vicente, y que no vinieron á conocerse sino hasta

muchos años después. Entretanto, él crecía grandemente en la devoción á la Virgen María; predicábala por todas partes; su elocuencia era irresistible en ese punto; sus palabras eran dardos de fuego que herían é inflamaban los corazones; llamábanle por eso en las casas de las Hermanas el nuevo San Bernardo, y no sólo lo citaba á cada paso, cuando hablaba de la Virgen María, sino que parece había heredado del santo abad aquella sabrosísima dulzura que le ha hecho apellidar el Doctor melifluo.

No contento el Sr. Aladel con haber propagado por todas partes la medalla milagrosa, de la que en diez años se acuñaron cuarenta y dos millones; no bastando á su piedad el haber publicado la relación de la misma medalla, que en siete ediciones llegó al número de ciento treinta mil ejemplares, en cuya obra se narran sencillamente las espléndidas visiones de Sor Catalina; quiere aún dedicarse con todo esmero á crear las asociaciones de jóvenes en honor de María Inmaculada. Quince años hacía que las salas de la-

bor, confiadas al cuidado de las Hijas de San Vicente, se habían multiplicado en París y en las provincias. Allí, las jóvenes, salidas de las escuelas primarias, en una edad peligrosísima, y en difícilísimas circunstancias, se ejercitaban en las labores propias de su sexo y condición, de las que dependía su porvenir. El Sr. Aladel, nombrado ya Director de las Hermanas, cuidó de que se estableciesen asociaciones en todas aquellas casas; formaba reglamentos, daba instrucciones, predicaba, y él mismo, solicitado en muchas ocasiones, asistía personalmente á instalarlas entre cánticos piadosos y alegres solemnidades. Una de ellas fue la Asociación de la Parroquia de San Vicente de Paúl, en París, fundada por el Sr. Aladel en 21 de Junio de 1846, la cual celebraba en la misma fecha de 1896, sus bodas de oro. A ella han pertenecido más de quinientas jóvenes, saliendo de su seno siete Hijas de la Caridad, y treinta y cinco religiosas perteneciendo á distintas comunidades.

Con sensible placer, y sin mostrar

jamás fatiga, se ocupaba el celoso Padre Juan María de todo lo tocante á la Asociación que tanto amaba. No se cansaba de hablar acerca de ella, de explicarla, de ilustrarla, de dar saludables consejos á las Hermanas para implantarla, dirigirla y hacerla proponer entre sus alumnas. Cuando las maestras concurrían á la Casa-Matriz á tomar los ejercicios, ó eran llamadas para diversos asuntos, aprovechaba la ocasión de trabajar en extender el dominio de la Inmaculada Virgen; se informaba si la Asociación estaba establecida en regla, exhortaba á aumentar el número de sus miembros, y discurría mil medios de excitar el celo y avivar en los corazones el verdadero amor á la Madre de Dios.

Pero, entretanto, y á pesar de tan consoladores resultados, la Asociación, á la cual por una feliz inspiración se había dado el título tan dulce como expresivo de Hijas de María, no había recibido aun sanción canónica; la Iglesia no había hablado; y sabido es que sólo por su medio recibe el cielo y bendice las obras públicas y solemnes;

sólo su voz las autoriza, y su aprobación las afirma y consolida. En el mes de Junio del año de 1847, el Sr. Etienne tuvo que hacer un viaje á Roma, y recibido en particular audiencia por el Santo Pontífice Pío IX, que gobernaba entonces la Iglesia, solicitó y obtuvo el poder de erigir canónicamente la Asociación en todas las escuelas ó talleres servidos por las Hijas de la Caridad, concediéndoles todas las indulgencias de la Congregación de la Santísima Virgen, establecida en Roma. (A) La bendición de la Iglesia hizo á la Asociación aun más fecunda en frutos de salud; las niñas de las salas de labor solicitaban con vivas instancias su admisión en ellas; contábanse mil rasgos edificantes que al P. Juan María hacían derramar dulces lágrimas de gozo, y al Sr. Etienne le hicieron emprender la redacción de los Anales de las Hijas de María, para recojerlos y extenderlos. La colección de estos Anales cuenta ya 30 volúmenes en dozavo, enriquecidos con hermosas narraciones, piadosos ejemplos y lindas poesías.

Sugirió también el superior al Sr. Aladel la idea de componer un Manual de oraciones y prácticas de piedad para el uso de las Hijas de María, y esto produjo el precioso Manual de las mismas, en el que no sólo se contienen las plegarias y preces, sino también se da á conocer el fin y espíritu de la Asociación, sus reglas, su organización y funcionamiento, el Consejo que la rige con las atribuciones de los miembros que lo componen, las indulgencias que le son anexas, etc., Este Manual, publicado en 1850, llegó en sus primeras ediciones al número de cincuenta mil ejemplares. En 1869 hizo publicar el superior general otra edición más esmerada, y, sobre todo, más en relación con las niñas externas entre las que la Asociación se había extendido sobre manera.

### CAPITULO III.

*Tres limitaciones en 1847.--Bórranse en 1850.*  
*—La Asociación es independiente.--No está afiliada á otra.--Ni tiene que afiliarse.--Cómo viene de otras.--Silencio acerca de su origen celeste.--Motivos que lo produjeron.--Ya no existe.--La Medalla Milagrosa.--El Boletín.--Los oradores.--Los impresos.--La autoridad de la Iglesia.*

Tres limitaciones tenía la autorización pontificia dada al Sr Etienne: limitación de autoridad, pues era para sola su persona; limitación de sexo, pues comprendía sólo á las niñas, y limitación de condición, pues favorecía únicamente á las internas, siendo sí que abundaban ya más las externas en las clases. Mas el 19 de Julio de 1850, el Señor Pío IX, benignamente concedió (B) que el Superior que lo fuese en todo tiempo de cada Casa de la Congregación de misioneros, pudiera erigir en la Iglesia de su Casa, y con